

**TEORÍAS
LOCAS
DE LA HISTORIA**





PHILIPPE DELORME

TEORÍAS

LOCAS

DE LA HISTORIA

Traducción de Jaime Arrambide

Delorme, Philippe

Teorías locas de la historia / Philippe Delorme. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.
336 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Jaime Arrambide.
ISBN 978-950-02-0920-5

1. Historia. 2. Conspiraciones. I. Arrambide, Jaime, trad. II. Título.
CDD 909

Teorías locas de la historia

Título original: *Les Théories folles de l'Histoire*

Autor: Philippe Delorme

© Presses de la Cité, un département de Place des Editeurs, 2016

Traductor: Jaime Arrambide

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: noviembre de 2017

ISBN 978-950-02-0920-5

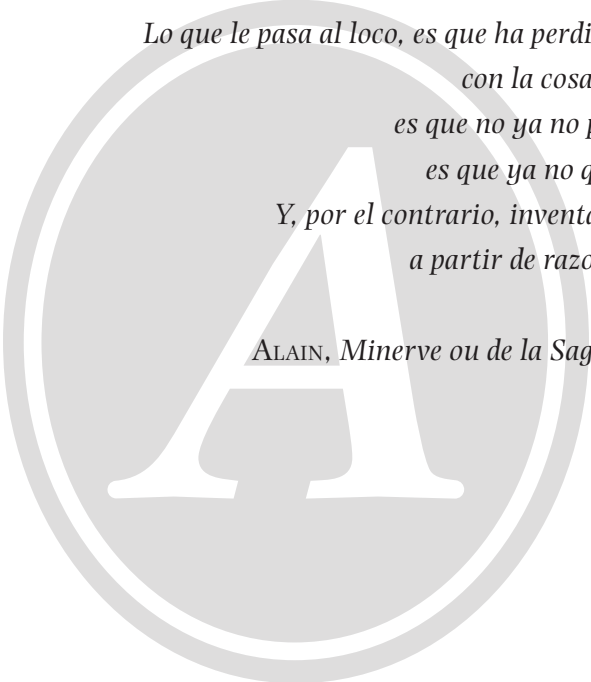
Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo	11
El mundo fue creado hace 6000 años	19
El Evangelio según Joseph Smith	31
Descifrar la Gran Pirámide	45
Esos iluminados que nos gobiernan	59
Esperando a los atlantes	73
Los cosacos, conquistadores de América	87
Jesús II, el regreso	101
Venusinos en la isla de Pascua	113
Juana de Arco era varón	125
Los africanos somos nosotros	137
Hitler se escondió en el Polo Sur	151
El hombre nunca pisó la Luna	165
Napoleón descendía del Hombre de la Máscara de Hierro ...	177
Cristo se detuvo en Shingō	189
El hombre de Cromañón sabía escribir	201
Una cámara para explorar el tiempo	213
Los cráneos cantores	225
Los judíos vienen del espacio	237
El rey Luis XVII murió en el trópico	249
Ron Hubbard contra el infame Xenu	261
El papa Pablo VI sigue vivo	273
Los ingleses se robaron a Napoleón	287
¿El fin del mundo no iba a ser mañana?	301
Epílogo	313





*Lo que le pasa al loco, es que ha perdido contacto
con la cosa tal cual es;
es que no ya no puede verla;
es que ya no quiere verla.*

*Y, por el contrario, inventa los hechos
a partir de razonamientos.*

ALAIN, Minerve ou de la Sagesse, 1939



Prólogo

“La historia es una serie de mentiras aceptadas de común acuerdo”, declaró el desilusionado Napoleón I la noche de su derrota en Waterloo. Se ve que el Águila había perdido su perspicacia, ya que acababa de decir una barrabasada monumental. Sin embargo, esa opinión errónea parece ser compartida por muchos de nuestros contemporáneos. El siglo xx ha hecho tan mal uso de la historia como herramienta de propaganda, que en ese ámbito reina desde entonces un escepticismo generalizado, un relativismo absoluto y un inconformismo mal entendido. Según esa visión, el estudio del pasado no sería más que una cuestión de convicciones personales, de creencias intuitivas alimentadas por lecturas vagas y sentimientos difusos.

Si bien el arte de la duda –la “zetética”–* puede ser constructivo cuando se adosa al rigor científico, se vuelve nocivo si muta en incertidumbre integral, como nos enseña el filósofo Pirrón de Elis. Todas las opiniones valen, todas son igualmente respetables: ese es el credo antipositivista en boga actualmente. Es precisamente ese nihilismo del “todo es lo mismo” que denuncia el filósofo Alain.

Así es que en un sitio web donde se debate la teoría totalmente absurda de que la Tierra es plana, un internauta posteó el

* En el original francés, *zététique*, definida por Henri Broch como “el arte de la duda”, que se postula como el estudio racional de las pseudociencias, de las terapias no convencionales y de fenómenos presuntamente paranormales. (*N. del T.*).

siguiente manifiesto a la tolerancia, que resume a las claras ese subjetivismo mal entendido:

No tengamos nunca miedo de hacernos preguntas, porque es la única forma de aprender y de estar seguros de las cosas. Poco importa cuál sea la respuesta, la idea de que la Tierra en la que todos vivimos sea en realidad plana ha reavivado nuestra curiosidad y generado una saludable discusión, y ha sacudido a la gente de su apatía, suscitando la reflexión. Puede parecer loco, pero hay que abrir la cabeza...

Por supuesto que en el pasado la historia ha sido instrumentada con fines políticos, en particular por el totalitarismo nazi y el soviético. Y lo sigue siendo en diversas partes del mundo. En su célebre novela *1984*, George Orwell habla de la “mutabilidad del pasado”, y usa de epígrafe este eslogan del Partido de Gran Hermano: “Quien controla el pasado controla en futuro; quien controla el presente controla el pasado”.

En Francia, Jules Michelet y sus epígonos compusieron una “novela nacional” que sirvió de sustento mitológico de la Tercera República Francesa, un relato que inscribía la construcción del Hexágono* en la eternidad de los tiempos. Hoy parecen ser muchos los que se sienten tentados por un regreso a ese tipo de prácticas, realizadas con salsa mediática. El escándalo que armaron en 2010 por el tema de la presunta “cabeza de Enrique IV”,

* Los franceses suelen referirse a su país como el “Hexágono”, por la similitud del territorio de Francia con esa forma geométrica. (*N. del T.*).

al igual que los recientes festejos, que remiten más al folclore, orquestados en Puy-du-Fou por el supuesto hallazgo de un muy dudoso “anillo de Juana de Arco”, son excelentes ejemplos de ese fenómeno.

Hay que oponerse con decisión a una deriva semejante, a esa “disneysación” de la historia que la reduce a un papel superfluo en nuestra “sociedad del espectáculo”. Ese campo del conocimiento no puede ser un simple divertimento, ni tampoco una herramienta al servicio de la cohesión social, por noble que sea la causa. Y Edmond Rostand habla como dramaturgo, y no como historiador, cuando en el punto culminante de su obra *El aguilucho* declama: “No es siempre la Leyenda la que miente. / Un sueño es menos engañoso, a veces, que un documento”.

La historia es una disciplina rigurosa para establecer la realidad de los hechos del pasado, para estudiar los mecanismos de su encadenamiento, y para aprender de ellos. Sirve para entender mejor el presente y preparar el futuro, no para formatear las conciencias dentro de un molde ideológico. Más que una nueva “novela nacional”, aboquémonos entonces a escribir una auténtica “narración nacional”, sin caretas ni falsos pruritos.

La historia es un arte –su musa era Clío–, en tanto participa de la creación literaria y se apoya en los resortes íntimos del autor. Es también una ciencia, en la medida en que debe aplicar una metodología aprendida y aplicarla con cuidado. El punto de partida del historiador –en griego, el “investigador”– son los hechos en bruto que va reuniendo: documentos, archivos, testimonios escritos u orales, registros arqueológicos y aportes de ciencias auxiliares, como la diplomacia, la sigilografía, la genética, la numismática, y muchas más.

El conjunto de esos elementos será analizado con una exigencia erudita, sometido a la crítica interna y externa, comparado, puesto en perspectiva. Esa heurística árida y restrictiva conducirá al establecimiento de hechos irrefutables. Al medievalista Jacques Le Goff le gustaba recordar que la profesión del historiador es “el oficio de la verdad”. Un dato es verdadero o es falso. Así es que podemos afirmar de manera definitiva que un hombre llamado Napoleón Bonaparte fue consagrado emperador de Francia el 2 de diciembre de 1804. No hay lugar aquí para las refutaciones o el relativismo. El oficio del historiador es, por lo tanto, exigente, y deja poco margen para la imaginación.

Ya en el siglo v a. C., Tucídides deploraba “la negligencia con la que en general se lleva adelante la búsqueda de la verdad, por ese placer de dejarse llevar por la opinión común de la gente”. La deontología del historiador lo obliga a una ascesis intelectual donde la fantasía y la laxitud están prohibidas, por más que sea imposible alcanzar una objetividad perfecta en el análisis de los hechos. En un reciente artículo publicado en el sitio web de la Asociación de Profesores de Historia y Geografía de Francia, Dominique Barthélmy reconocía: “No podemos más que acercarnos a partes de la verdad, y proponer modelos sin imponerlos. Sabemos que el método histórico es complejo y que requiere cierta idea de la proporción y una cierta aceptación de la incerteza”.

Ad narrandum non ad probandum, o dicho en otras palabras: narrar y no probar. Así es como definía la tarea del historiador el retórico Quintiliano, en el siglo I d. C. Y otra de sus cualidades debe ser la humildad, ya que el pasado conservará siempre sus zonas de oscuridad y no encontraremos respuestas para todo.

Así que tal vez sorprenda escuchar opiniones perentorias sobre tal o cual asunto histórico en boca de personas sin la menor formación real en esta disciplina. ¿Se atrevería esa gente a debatir con ese mismo grado de certeza sobre cuestiones de física cuántica o de geometría no euclidiana? “Lo cierto es que muy poca gente sabe reflexionar, pero todos quieren tener opiniones”, escribió Pierre Bayle en el siglo xvii.

A lo largo de este libro, el lector descubrirá teorías extrañas o incongruentes, inquietantes o disparatadas, que hacen poco caso a los imperativos del método histórico. Esas teorías abundan en la blogosfera, un espacio de libertad sin precedentes, pero también sin red de seguridad. Más allá de su aparente diversidad, esas teorías comparten el mismo *petitio principii*, o petición de principio, a saber: el presupuesto según el cual existiría un complot universal destinado a disfrazar una verdad que, paradójicamente, ahora sí quedaría expuesta a la luz del día. Ese tipo de “reinformación”, que no es más que una forma sutil de desinformación, incita a dudar sistemáticamente de las enseñanzas y las fuentes oficiales. A los ojos de los conspiracionistas, toda opinión surgida de una fuente que ellos suponen “independiente” –término que suele esconder presupuestos ideológicos–, es necesariamente admisible, sobre todo si sirve para alimentar nuestro insaciable escepticismo.

Las divagaciones de esa “pseudohistoria” –o “parahistoria”– son fácilmente identificables, y casi todas caen en la categoría de sofismas y paralogismos. Pocos de sus cultores, sin embargo, desarrollan los síntomas extremos de esa afección que Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos bautizaron jocosamente en su célebre *Introducción a los estudios históricos*, publicado en 1898,

la “enfermedad de la inexactitud o la enfermedad de Froude”, por el nombre del historiador James A. Froude, que al parecer era patológicamente incapaz de dar cuenta de la realidad. La mayoría de los cultores de la pseudohistoria no sufren más que de un extra-
vío fractal. Como razonamientos están distorsionados en todos los niveles por ideas preconcebidas, resultan totalmente refractarios a cualquier crítica, y toda objeción es reciclada de inmediato dentro de su sistema de pensamiento.

Están los que suponen hechos cuya realidad es discutible: civilizaciones perdidas, como la Atlántida, o la intervención de fuerzas extraterrestres en la Alta Antigüedad. Y están los que deforman, niegan o interpretan los hechos históricos en función de los imperativos de su hipótesis de arranque, cuando no imponen directamente un “sentido de la historia”. Porque tal como lo señala Pierre Vidal-Naquet en *Los asesinos de la memoria*, “es tentador, pero temerario, escribir la historia como una tragedia clásica cuyo desenlace conocemos de antemano”.

Generalizaciones a la ligera, argumentos *ad hominem*, argumentos de autoridad, argumentos *ad misericordiam*, petición de principio, argumentaciones cuantitativas –“como todo el mundo sabe...”–, intimidaciones, falsas analogías, mentiras por omisión, premisas ocultas, hipercriticismo: a los aprendices de historiador cualquier arma les viene bien. Y su arma más desvergonzada es probablemente el argumento *ad ignorantiam*, que puede resumirse así: “Una preposición es verdadera porque nada prueba que sea falsa”.

Si debatir con ese tipo de interlocutores suele ser inconducente, ya que cada refutación que uno haga quedará ahogada en un mar de “ilogismos”, estudiar su andamiaje intelectual puede

resultar interesante en más de un sentido. Para empezar, porque algunas de esas extravagancias de la mente son muy divertidas. En segundo lugar, porque demuestran, por el absurdo, la pertinencia y la grandeza del método histórico.

Y finalmente, porque ese esfuerzo de comprensión y análisis –y esta es su mayor importancia– nos permite forjar armas contra los “asesinos de la memoria”, como decía Vidal-Naquet en el título de su libro, vale decir, contra quienes hasta niegan que el genocidio perpetrado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial se haya producido. Ya nos ocuparemos de ellos en el epílogo de este libro. De ahí el sentido que cobra estudiar previamente las formas más anodinas de la pseudohistoria, ya que nos permite rebajar a los negacionistas de la Shoá a la categoría que realmente tienen: la de vulgares charlatanes de la historia. No para dialogar con ellos –no hay intercambio válido entre la verdad y la mentira–, sino para disecar el cómo y el porqué de su impostura.



El mundo fue creado hace 6000 años



Los astrónomos, con su Big Bang de 13.800 millones de años, deberían volver a sus telescopios. La Tierra y el universo entero surgieron de la nada en una semana, y hace poco más de 6000 años. Está escrito en negro sobre blanco en la Biblia, en el libro del Génesis... dicen los creacionistas.



En su *Annales Veteris Testamenti, a prima mundo origine deducti* (*Anales del Antiguo Testamento, que deducen los orígenes primeros del mundo*), publicado en 1650, James Ussher, arzobispo de Armagh y primado protestante de Irlanda, llegó a la conclusión de que Dios creó el cosmos “a primeras horas de la noche previa al día 23 de octubre [...] del año 4004 a. C.”. Poco tiempo antes, el vicerrector de la Universidad de Cambridge, John Lightfoot, también había propuesto una fecha cercana al equinoccio, pero del otoño del año 3929...

Esos dos eruditos exégetas fundaban sus deducciones en un cómputo minucioso de las genealogías de la Biblia, correlacionándolo con los datos conocidos de la historia de los pueblos de la Antigüedad. Con un método similar, otros biblistas obtuvieron resultados relativamente diferentes. Beda el Venerable situaba el “hágase la luz” en 3952; Joseph-Juste Scaliger, en 3949; Johannes

Kepler, en 3992, e Isaac Newton lo sitúa alrededor del año 4000. Finalmente, el actual calendario judío, establecido por el patriarca Hillel II en el siglo IV de nuestra era, fija la fecha del Génesis en el día 7 de octubre del año 3761 a. C. del calendario gregoriano.

Sin embargo, será la cronología de James Ussher la que se imponga durante mucho tiempo. De hecho, es retomado por Louis-Isaac Lemaistre de Sacy, en su célebre traducción de la Biblia al francés. Esa fecha también es citada en numerosas ediciones de la Biblia del rey Jacobo, una referencia entre los anglófonos reformistas. Por eso los fundamentalistas cristianos, en especial en los Estados Unidos, siguen considerando esa fecha como un dogma de fe. A ese creacionismo suele apodárselo “de la Tierra Joven”, para distinguirlo de tendencias menos radicalizadas, que aceptan ciertos elementos del evolucionismo.

Según una reciente encuesta, esa extraña creencia sería compartida por el 46% de los estadounidenses. En 1981, el bioquímico y escritor de ciencia ficción Isaac Asimov ya dio la voz de alarma desde las páginas de *The New York Times Magazine*:

Ciertos norteamericanos piensan que la Tierra tiene apenas 6000 años de edad, que los seres humanos y el resto de las especies fueron engendrados por un Creador divino como grupos de seres eternamente diferentes que nunca sufrieron un proceso evolutivo. Son los creacionistas –se llaman a sí mismos creacionistas científicos–, y tienen un enorme poder en el país, y exigen que las escuelas sean obligadas a enseñar esas ideas. Preocupados por esos votos, los funcionarios electivos de los Estados Unidos han empezado a ceder. En unos 15 estados, ya se han aprobado leyes para imponer el punto de vista creacionista,

mientras que en el resto sigue creciendo el poder y la influencia de este movimiento.

Esa situación es tanto más desconcertante si se piensa que a partir del siglo XIX, la mayoría de los teólogos aceptaron los aportes de las ciencias modernas, que hablan de miles y miles de millones de años. Ya en 1890, el pastor presbiteriano William Henry Green, un renombrado hebraísta, reconocía en un artículo aparecido en la revista especializada *Bibliotheca Sacra* que “las Escrituras no brindan ningún dato que permita hacer un cómputo cronológico anterior a la vida de Abraham, y los documentos mosaicos no fijan ni fueron concebidos para fijar la fecha del Diluvio ni de la Creación del mundo”.

Por su lado, los “creacionistas de la Tierra Joven” rechazan en bloque las teorías que juzgan contrarias a la letra de la Biblia, a la que consideran infalible, o sea incapaz de equivocarse. Augustin Calmet expuso ese axioma en su *Disertación sobre la Cronología*, de 1715. En caso de divergencia entre el conocimiento humano y el texto revelado, afirma Calmet, “todo el inconveniente volvería a recaer sobre la historia profana, que como no tiene más que una autoridad humana, no podría causar perjuicio alguno a la autoridad divina de la Escritura; y si entre esas dos historias encontrásemos contradicciones insalvables, no habría que titubear en achacarle esa incompatibilidad al relato de la historia profana y a favor de la historia sagrada, a la que debemos un respeto inviolable”.

Así es que los visitantes del Museo de la Creación de Petersburg, estado de Kentucky, puedan cruzarse con Adán y Eva en el Jardín del Edén en compañía de su dinosaurio favorito, admirar los

caballos alados de la Torre de Babel o hasta perderse por los pasillos del Arca de Noé. Ese parque de atracciones con pretensiones educativas costó 27 millones de dólares y abrió sus puertas en 2007, por iniciativa de la Asociación de Respuestas en el Génesis. Para sus impulsores, el universo fue creado por Dios en seis días de veinticuatro horas y el Diluvio es un hecho histórico. En consecuencia, los fósiles no serían más que artefactos colocados por el Eterno –o por el Diablo–, para poner a prueba el alma de la humanidad. A menos que se trate de las reliquias del cataclismo universal, o directamente sea un engaño de los sabios impíos...

El sitio web de la Asociación de Ciencia Creacionista del Quebec –www.creationnisme.com– exhibe las “101 pruebas de la juventud de la Tierra y el universo”. Allí se mezclan confusamente argumentos tomados de la geología, la física, la genética o la paleontología, sin olvidar la demografía, la radiometría y la astronomía. Según ellos, por ejemplo, los valles fluviales serían demasiado grandes para los cursos de agua que contienen, “lo que significa que los valles por los que corren los ríos fueron tallados muy rápidamente, y no lentamente, en el transcurso de tiempos inmemoriales”.

También está el tema de la salinidad del mar:

Aún ignorando el efecto del Diluvio bíblico y aceptando la hipótesis de una salinidad original nula y de velocidades de adición y eliminación de sales que maximizan el tiempo necesario para acumular la totalidad de la sal, el número resultado de la edad máxima de los océanos es 62 millones de años, o sea incluso menos de una quincuagésima parte de la edad declarada por los evolucionistas. Eso sugiere que la edad de la Tierra es también drásticamente menor.

La erosión de los continentes, el ADN de los fósiles, el carbono 14 de los bosques antiguos, la velocidad de crecimiento de las estalactitas, el índice de aumento poblacional, la presencia de metano en Titán, una de las lunas de Saturno... Infinidad de ideas dispares que presentadas ante el tribunal con una retórica engañosa, “sugieren una edad mucho más joven que las que suelen ser generalmente aceptadas hoy en día”.

No se trata aquí de refutar punto por punto los argumentos de los creyentes en la “Tierra Joven”. A eso están abocados eminentes especialistas desde hace tiempo, y no sin éxito. Basta con subrayar que la mayoría de esas “pruebas” pretende barrer bajo la alfombra toda explicación racional que contradiga sus prejuicios metafísicos. El resultado es eso que el pensamiento lógico califica como “razonamiento circular”, que pretende probar algo que desde el principio considera irrefutable, y este es el ejemplo característico que nos brinda el sitio web de los creacionistas quebequenses:

La ciencia se funda en la observación, y la única manera fiable de conocer la edad de algo es partir del testimonio de un testigo digno de confianza que haya observado los hechos. La Biblia afirma ser la palabra del único testigo de los eventos de la Creación: el propio Creador. Como tal, la Biblia es el único medio fiable de conocer la edad de la Tierra y del cosmos.

El Libro de Isaías evoca a Dios “sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos habitantes son como langostas. Él es el que extiende los cielos como una cortina y los despliega como una tienda para morar”. Tomados literalmente, esos versículos, al igual que

otros pasajes de la Biblia, describen una Tierra inmóvil, no esférica, y plana bajo la bóveda celeste, una imagen que encontramos también en el Corán. Es esa representación arcaica la que sigue considerando exacta la Sociedad de la Tierra Plana, con sede en Londres, cuyas hipótesis, tan disparatadas como aberrantes, logran tener un éxito real en la web.

Según sus propagandistas, nuestro planeta tendría la forma de un platillo gigantesco con centro en el Polo Norte, cuya circunferencia estaría delimitada por la enorme muralla de los hielos antárticos. Por encima de ese disco se desplegaría un gigantesco domo del que están colgadas las luminarias celestes. El Sol se encontraría a menos de 4000 kilómetros de altura. “La Luna es una esfera giratoria de un diámetro de 51 kilómetros y se encuentra a unos 4800 kilómetros de altura sobre la superficie de la Tierra”.

Para los “terraplanistas”, esas verdades son ocultadas deliberadamente por las agencias espaciales, las compañías aéreas, y por supuesto, por todos los gobiernos del planeta, cómplices de una conspiración generalizada. ¿Hacen falta pruebas? ¿Acaso en la bandera de las Naciones Unidas no hay un planisferio?

En Francia, el Círculo de Estudios Científicos e Históricos (CESHE, por su sigla en francés) persigue objetivos similares. En efecto, dicha asociación sostiene “una visión de la Creación y del mundo antiguo conforme a los Libros Sagrados”. El grupo se reconoce heredero de un tal Fernand Crombette, muerto en 1970. Autor católico y empleado de correos, Crombette dedicó sus años de retiro a escribir cuarenta y un volúmenes y dos atlas sobre temas tan diversos como geografía, geología, astronomía y egiptología. Sin pestañear, Crombette contradice a Champollion sobre

los jeroglíficos, descifra la escritura cretense, retraduce la Biblia partiendo del idioma copto, y dibuja el mapa de un continente primitivo con la armoniosa forma de una flor de ocho pétalos, con Jerusalén en el centro de su geometría.

Crombette sugiere que la existencia de una única masa de tierras antes del Diluvio –eso que los geólogos llaman Pangea, pero desde una perspectiva totalmente distinta–, explicaría cómo hicieron los animales de las antípodas, cómo los pingüinos, los canguros y las llamas pudieron llegar hasta el arca salvadora... Porque el episodio de Noé ocupa un lugar prominente en las obras de ese polígrafo desenfrenado. Para él, la veracidad histórica de ese hecho no está en duda, e ingresa sin titubear en el campo de los catastrofistas, cuyos anteriores exponentes habían sido Georges Cuvier y Alcide d’Orbigny.

Volvemos entonces a los capítulos VI y VIII del Génesis. Alrededor de un milenio y medio después de la Creación, Yahvé advirtió la “maldad extrema de los hombres” y tomó esta terrible decisión: “Borraré de la faz de la tierra al hombre que he creado, desde el hombre hasta el ganado, los reptiles y las aves del cielo, porque me pesa haberlos hecho”. Sin embargo, Dios distingue a un hombre justo, el patriarca Noé, del linaje de Set, el tercer hijo de Adán. Así que Dios le ordena a Noé que construya una enorme nave “de madera de *gofér*”: “Harás el arca con compartimientos, y la cubrirás con brea por dentro y por fuera. De esta manera la harás: de 135 metros la longitud del arca, de 22,5 metros su anchura y de 13,5 metros su altura”.

El Eterno le ordena además a Noé no recibir en el arca a otros seres humanos más que su esposa, sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, y a sus esposas. “Y de todo ser viviente, de toda carne, meterás

dos de cada especie en el arca, para preservarles la vida contigo; macho y hembra serán [...]. Y tú, toma para ti de todo alimento que se come, y almacénalo, y será alimento para ti y para ellos”.

A continuación, sobreviene el castigo. Según la cronología de James Ussher, el Diluvio Universal comienza 1665 años después de la creación de Adán, o sea en el año 2348 a. C. El acontecimiento es reflejado en la Biblia en estos términos:

El año 600 de la vida de Noé, el mes segundo, a los diecisiete días del mes, en ese mismo día se rompieron todas las fuentes del gran abismo, y las compuertas del cielo fueron abiertas. Y cayó la lluvia sobre la tierra por cuarenta días y cuarenta noches. [...] Las aguas aumentaron y crecieron mucho sobre la tierra, y el arca flotaba sobre la superficie de las aguas.

Finalmente, después de cincuenta días de navegación a la buena de Dios, sin brújula ni timón, “en el día diecisiete del mes séptimo, el arca descansó sobre los montes de Ararat”. A partir de entonces, las aguas empiezan a bajar. Noé suelta primero un cuervo, y luego una paloma, que vuelve con una rama de olivo en el pico.

Ese episodio es de un poderoso simbolismo. Los cristianos ven en la madera del arca una prefiguración de la cruz redentora, o sea una alegoría de la Iglesia, única nave de salvación. Pero el relato abreva su inspiración de epopeyas más antiguas, en particular, la de Utnapishtim, rey de Shurupak, que fue encontrada en tablillas cuneiformes. Según esa epopeya mesopotámica, los grandes dioses, hartos del bullicio humano, quisieron despoblar la tierra. Pero Ea, diosa de las aguas subterráneas, se lo advirtió

en sueños a su amigo Utnapishtim... El resto de la historia es casi idéntico a la de Noé. El *Avesta* de los zoroastrianos, la mitología griega, los textos védicos hindúes y hasta el *Popol-Vuh* de los mayas están llenos de ese tipo de calamidades meteorológicas. Parece tratarse de eso que el psiquiatra Carl Gustav Jung denominaba como arquetipos del inconsciente colectivo... a menos que se trate de un eco lejano del fin de la glaciación de Würm, ocurrida hace diez mil años, acompañada de lluvias torrenciales y devastadoras inundaciones.

Por supuesto que nada de eso es así para los creacionistas como Yves Nourissat, quien durante una reciente conferencia del CESHE, estableció, calculadora en mano, las dimensiones del arca y su tonelaje exacto:

Suponiendo que la longitud de un codo fuese de al menos 44,5 centímetros, la superficie de piso disponible en esa nave de tres cubiertas era de 8900 metros cuadrados y su volumen total de 39.535 metros cúbicos, lo que se corresponde con la capacidad de diez trenes de cincuenta y dos vagones cada uno, más que suficiente para alojar a una pareja de animales de cada especie.

Escudados en un credo infranqueable, los creacionistas tienen respuestas para todo: su *leitmotiv* es “Lo hizo Dios”. ¿De dónde salieron los cinco millones de kilómetros cúbicos de agua necesarios para sumergir las más altas cumbres del planeta, el Everest, el Aconcagua y el Kilimanjaro? Unos suponen que esos relieves surgieron más tarde; otros inventaron la “teoría de las hidropalacas”, según la cual había ingentes reservorios de aguas subterráneas aprisionados entre la corteza y el manto terrestres,

que fueron liberados por algún movimiento tectónico. Una parte de esas aguas habría sido expulsada hacia el espacio exterior, y sería el origen de los cometas y de los cráteres de la Luna. La teoría de Fernand Crombette es más poética. Según él, antes de Noé no llovía nunca sobre la Tierra, y la mitad de los océanos actuales estaban satelizados en forma de anillos de gotitas, a la manera de Saturno. Así que la Tierra primigenia estaba nimbada por un arcoíris permanente...

Desde otro campo de la ciencia, los ingenieros navales sostienen que una nave del tamaño del arca descrita en el Génesis –unos 133 metros, la mitad del *Titanic*– sería irrealizable. La nave de madera más grande de la historia fue la goleta de seis mástiles *Wyoming*, botada en 1909, y apenas medía 100 metros. Además, su casco estaba recubierto de hierro, y contaba con bombas eléctricas que funcionaban en permanencia para vaciar de agua las bodegas. Cuando el *Wyoming* era sometido a los caprichos del mar, sufría torsiones y deformaciones que obligaron a limitar su uso a un prudente cabotaje.

Los fundamentalistas también le atribuyen a la misteriosa “madera de *gofer*” –ciprés, cedro, o simplemente madera resinosa, dependiendo de la traducción–, propiedades milagrosas, cercanas a las del acero. ¿Pero dónde encontrar semejante cantidad de árboles en la Mesopotamia, una región que no es precisamente famosa por la exuberancia de sus bosques? Una vez más, el que proveyó fue Dios, porque la totalidad de la Tierra antediluviana gozaba de un clima subtropical uniforme.

Hasta las bestias feroces respondieron al llamado del Altísimo, según lo explica Yves Nourissat: “Cualquiera que observe los animales salvajes advierte que son guiados por una Inteligencia

invisible; dicho de otra manera, Dios. Así que a Él no le costó nada dirigir a una pareja de cada especie hacia el arca”.

El problema del volumen habitable y de las condiciones de alojamiento también se habría resuelto con toda facilidad. Más que ejemplares de cada especie en particular, Noé salvó sólo una pareja de cada género: felinos, rumiantes, marsupiales, etc., que luego se diversificaron. Cuando no tienen más remedio, los creacionistas aceptan una pizca de evolucionismo... Desde el punto de vista lógico, ¿cómo alimentar, dar de beber y mantener un zoológico semejante? ¿Cómo hacer cohabitar al cordero con la pantera, al zorro con las gallinas? Nada más fácil. ¡Dios sumió a todos esos animales en un estado de hibernación parecido al sueño criogénico de las novelas de ciencia ficción! Además, antes del Diluvio, toda la fauna del planeta se sometía a un régimen herbívoro. Hasta el hombre se alimentaba solamente de plantas, granos y frutas. En el año 2001, frente a los micrófonos de la Radio Courtoisie, el italiano Angelo Palego, que consagró parte de su vida a investigar el tema del arca, propuso una solución ingeniosa: “El arca tenía un doble fondo para almacenar agua [...], con un sistema de canales hechos con tripas de dinosaurio”. Porque por supuesto que para ellos los grandes saurios no desaparecieron hacia finales del Cretáceo, hace 65 millones de años, sino que se ahogaron en las aguas del Diluvio...

Desde la Antigüedad, numerosos exploradores de lo imposible soñaron con encontrar la mítica embarcación de Noé sobre alguna de las laderas del Gran Ararat, un macizo volcánico que culmina a 5165 metros de altura, en la frontera actual entre Armenia y Turquía. Flavio Josefo ya los menciona en sus *Antigüedades judías*. En el siglo IV, el sacerdote Beroso el Caldeo

aseguró que los peregrinos arrancaban pedazos de brea del casco del arca para hacerse amuletos. Enviado por san Luis de Francia como emisario ante el gran kan de los mogoles, el franciscano flamenco Guillaume de Rubrouck, al igual que Marco Polo, afirmaron que la cima del macizo era inaccesible. Muchos temerarios se esforzaron por contradecirlos. El explorador báltico Friedrich Parrot, que en 1829 llegó por primera vez a la cumbre, asegura que “todos los armenios están firmemente convencidos de que el arca de Noé sigue hasta el día de hoy en la cima del Ararat, y que para preservarla ningún ser humano tiene permiso de acercarse”.

Sin embargo, algunos se emperraron, como el francés Fernand Navarra, que entre 1952 y 1969 fue una y otra vez para arrancarle a las nieves eternas algún resto de madera en el que creer ver una reliquia religiosa. ¿Acaso no dicen que el obispo Jacobo de Nísibe, que murió con aroma de santidad en el año 337 tras fracasar en escalar la montaña sagrada, recibió la visita de un ángel que como recompensa por sus esfuerzos le entregó un fragmento del arca? Un fragmento que todavía podríamos venerar en cierta iglesia de Ejmiatsin, si no hubiese sido destruida por un terremoto en el siglo XIX...